

12 de Febrero de 1933

Mal siervo de Cristo es  
quien no le quiere escuchar  
cuando manda trabajar  
en su vasta e inculta mies



# LA HOJA PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

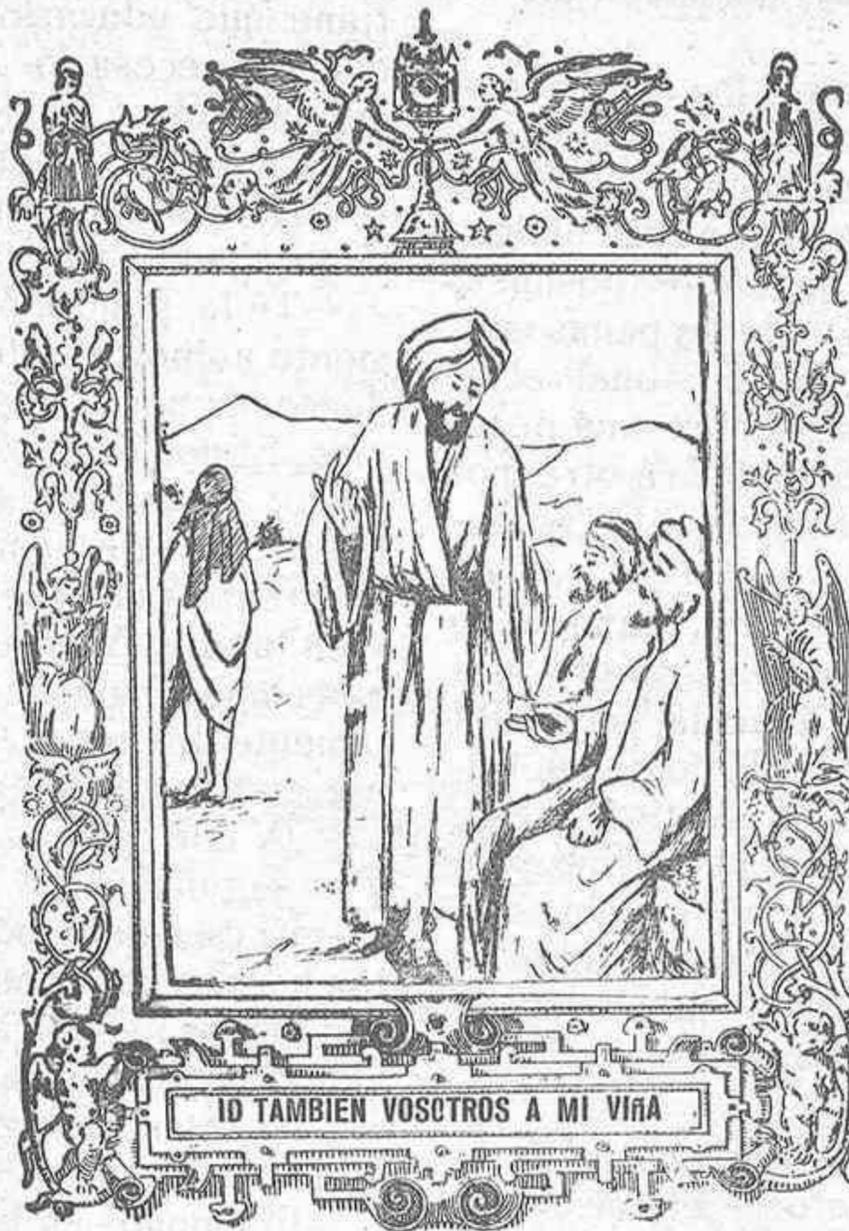
## DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

Contiene el Evangelio de hoy la parábola del Señor que llamó obreros a trabajar a su viña, a varias horas del día; y luego pagó a todos por igual, comenzando por los últimos que llegaron.

La viña del Señor es el alma de cada uno, la que estamos obligados a cultivar si queremos recibir el salario de la gloria celestial. Pero es también la Iglesia de Cristo en general, en cuyo cultivo deben trabajar desde luego sus ministros; pero también tienen reservada su parte todos los fieles que lo sean de verdad.

A todos llama Cristo a trabajar por la conversión y salvación de las almas. Y nos llama al despuntar el día, o sea en la niñez; a la hora de tercia, o sea en la juventud; a la de sexta, en la plenitud de la edad; a la de nona y al declinar el día o sea en la ancianidad y en la decrepitud.

El nos llama en todas las edades, y en todas ellas podemos y debemos responder a su llamamiento. Ya desde niños podemos ser modelo de otros niños, asistiendo con asiduidad al Catecismo y demás prácticas cristianas, y podemos atraer a otros a los mismos actos.



De jóvenes podemos también alistarnos en agrupaciones católicas, y capacitarnos para ejercer un verdadero apostolado, con la palabra y con el ejemplo. De mayores y siempre podemos trabajar de muchas maneras por la causa de Cristo, formando en las avanzadas de las diversas organizaciones que hay para seglares, si es que no tenemos vocación para ser misioneros en toda la extensión de la palabra.

Cristo está ahora en la soledad de su Sagrario devorando las amarguras que le proporcionan tantos hijos ingratos, y llorando la perdición de tantas almas redimidas a costa

de su sangre. Y dirigiéndose a los pocos que le quedan fieles, como en otro tiempo a sus discípulos repite estas memorables palabras que entonces pronunció: «La mies es mucha, y los operarios pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande operarios a su mies».

Roguemosle, si, que mande operarios; pues la mies es de verdad grande y muy falta de cultivo. Pero ante todo, aprestémonos a trabajar con todas nuestras fuerzas.

## ¿OBLIGA TOMAR LAS BULAS?

Apreciable Mequetrefe: Veo con satisfacción por la tuya que te agrada el que continuemos nuestra correspondencia sobre la Bula, tanto más, dices, cuando ahora me recuerda usted lo que en otra ocasión me había dicho, de que no es obligatorio el tomarla, lo que me alegro ver confirmado, porque el otro día tuve una polémica con algunos que afirmaban lo contrario.

Sobre esto te diré, amigo Mequetrefe: desde hace dos años a esta parte ha llovido mucho, y en esta cuestión hay que modificar no poco el criterio.

Resulta que ha caído sobre los católicos la obligación de sostener a toda costa su Clero y su Culto. Para el sostenimiento del Clero se hace una suscripción a la que está obligado a concurrir cada uno según los posibles; pero de dicha suscripción a duras penas saldrá para la manutención del personal eclesiástico; y lo del Culto es también una necesidad ineludible, que apenas habrá otro modo de satisfacer si no es con lo que se recaude de las Bulas.

Ya se destinaba antes a esto, aunque no alcanzaba, y el Estado ponía lo restante; mas ahora, como el Estado no da nada, hace falta recaudar bastante más. Es sólo lo de las Bulas de la Cruzada lo que se destina a este menestar. Lo de las llamadas de Carne y de las demás lo dedican los Prelados a obras de caridad y particularmente al sostenimiento de los Seminarios. Debido a esta nueva necesidad verías que ya el año pasado se aumentó algo la cuota de las Bulas.

No puede, como ves, decirse ahora en absoluto que no sea obligatorio el tomar las Bulas. Aparte del peligro que siempre había de pecar mortalmente por hacer uso de privilegios que no se tenían sin la Bula, existe ahora la obligación de cumplir el quinto Mandamiento de la Iglesia, de sostener el Culto y sus ministros, del que es parte importante el tomar las Bulas.

Obliga, pues, generalmente el tomarlas, a no ser que excuse la pobreza.

Y con esto me despido hasta la tuya.

*P. Machacón.*

## EN EL PECADO, LA PENITENCIA

Esto se va poniendo imposible, señor Cura. Cada vez más obreros sin trabajo, las casas e industrias más importantes van presentando quiebra. La gente va a tener que morir de hambre. Ese Dios que dicen que hay allá arriba ¿cómo no arregla esto un poco mejor?

—Ese Dios, amigo Lín, nos da lo que merecemos; o mejor dicho, nos trata bastante mejor que merecemos.

—Verdad es que somos malos; pero dejar morir así a sus criaturas no es propio de un Padre bondadoso, como dicen que es él.

—Es un Padre bondadoso, y como tal no abandona a sus hijos, pero un buen padre tiene que educarlos y corregirlos siempre que sea necesario. Además es también Juez muy justiciero, y no puede menos de dar a cada uno su merecido.

—No acabo de entender cómo, siendo tan bueno, puede mandarnos tanto mal.

—Te lo pondré un poco más clara. Realmente no nos manda Dios los males que padecemos; nos los procuramos nosotros mismos. El nos ha trazado un camino y nos ha dicho: Andad por aquí, si queréis ser felices temporal y eternamente; de lo contrario, os acarrearéis muchas desgracias en esta vida y en la otra. Y nosotros, ternes que ternes, nos empeñamos en ir por derroteros completamente distintos; ¿porqué le hemos de culpar a él después, de lo que nos suceda?

—¿Y qué camino es ese que nos ha trazado y no seguimos?

—El de sus Mandamientos, que si bien están hechos para conseguir la vida eterna, no son menos necesarios para poder vivir individual y colectivamente.

—No comprendo qué tienen que ver los Mandamientos con las cosas de la vida.

—Fijémonos en los conflictos sociales que ahora estamos sufriendo. ¿De qué te parece a tí que provienen?

—Pues de la avaricia de los patronos en un principio, que explotaban inicualemente a los obreros, y ahora ya de los mismos obreros, que habiéndose hecho fuertes con la asociación, exigen más de lo que los negocios pueden dar de sí.

—Efectivamente: dependen de eso y de muchas cosas más, que se reducen todas ellas a no amar al prójimo como a nosotros mismos, y a querer buscar la felicidad en este

mundo entregándose a los placeres que él nos proporciona, olvidando que aquí estamos para ganar con el trabajo y la mortificación otra vida verdaderamente feliz y eterna. Es decir, que no amamos ni servimos a Dios, que nos puso aquí para eso, ni amamos al prójimo; no cumplimos los Mandamientos, que en esto se encierran.

—En verdad que no había reparado en la conexión que tienen nuestros males con lo mal que se cumple la Ley de Dios.

—Y no creas que lo dicho es todo; hay otra conexión que se funda en la Providencia que Dios tiene de todas las cosas. A Dios se le ofende mucho, muchísimo, y cada vez más. El, como antes te decía, no puede menos de dar a cada cual su merecido. A los individuos no siempre se le da en esta vida, porque tienen otra eterna donde le recibirán; pero las sociedades son sólo de este mundo, y en él recibirán el mal o el bien, según se porten con Dios, o sea según guarden o no sus Mandamientos.

—¿Es decir que mientras seamos malos, por malos tendremos que pagar?

—Exactamente, y ciego será quien no lo

vea. A medida que los pueblos se van apartando de Dios y de su santa Ley, se va cerniendo sobre ellos la desgracia, y tanto mayor cuanto más se apartan de él. No hay más que echar una ojeada por los diferentes pueblos del globo, y se verá plenamente confirmada esta ley.

oo

Hoy se hace la publicación de la Bula en la mayor parte de las parroquias. Tómala cuanto antes para no exponerte a cometer muchos pecados,

oo

COSAS DIFICILES

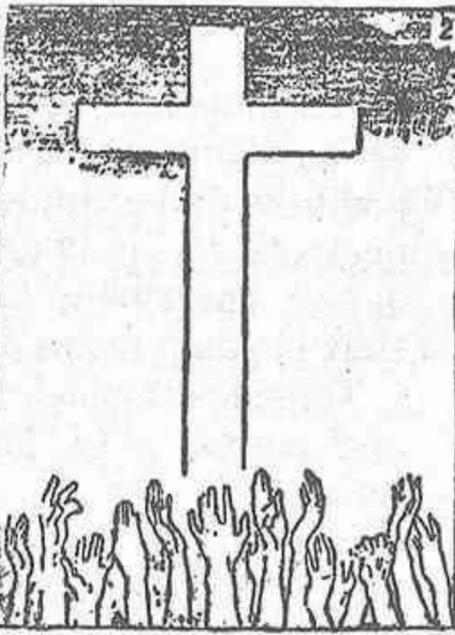
Cuatro cosas que el hallarlas es raro en el universo son: olvidar las injurias, saber guardar un secreto, a sí mismo conocerse y usar siempre bien el tiempo.

oo

EL CIRCULO VICIOSO DE LA LOCA HUMANIDAD



Antes de venir Cristo a iluminar al mundo, éste se prosternaba ante los idolos más ridículos.



Cuando apareció Cristo y esparció su luz, le aclamó y adoró su signo de redención.



El enemigo infernal suscitó las turbas de los «sin Dios», que pretenden derribar este signo de salud.



Y, como de Dios no se puede prescindir, en lugar de un Dios muerto por nosotros, adoran al que mató millones de hermanos.

No seamos tan insensatos que nos dejemos arrastrar de nuevo a las tinieblas de la más absurda idolatría.

